

CABLEGRAMA

JOSE ORTEGA

ESPECIAL PARA



TRAVESANDO el encendido agosto de Andalucía, don José Ortega y Gasset, nuestro supremo valor intelectual, el valor fuera de las circunstancias y las logrerías, va a tomar un vapor que le lleve a la Argentina.

Nos deja solos a los que compartimos con él casi todos los días, pero nos consuela el que lleva a la gran ciudad, que es la otra capital de la lengua, la maravilla de su verbo y la novedad comprensiva de sus ideas.

Quedarnos solos en el recinto de la Revista en que él habla todas las tardes es mucho más desconsolado de lo que pueda creerse. El único consuelo nuestro es verle aparecer y oír su palabra ilusionante y, contra mucho de lo que se ha dicho, desvanecedora de pesimismo.

Todo nos ha resultado injusto e irresoluto en el día; ninguna sibila ha podido descifrarnos las mudeces del presente; el correo, como en lunes, ha estado parco; la vida entera ha parecido repetir un día ya vivido, es decir, ha parecido andar hacia atrás, pero ha llegado Ortega a su redacción de "Occidente" y ha dado explicaciones optimistas de lo que ha de suceder y muchas veces de lo que va sucediendo.

Nada se ha añadido a nuestro peculio, no vemos al salir a la calle ningún camino conducente, pero la explicación de Ortega nos ha dado capacidad satisfaciente, conformidad de sabiduría, estoicismo de estar en el secreto. De un modo sencillo e inefable nos ha dado una riqueza superior a la de las consecuciones y algo superior también al ser ungidos de autoridad. Nos ha dado mayor conocimiento de esto que rueda a nuestro lado y que se envuelve en más zorro misterio del que parece.

Ortega — don José, como yo le llamo siempre por ser él don José por antonomasia — nos ha proyectado en estos días de despedida la iluminación ultravioleta de Palermo y ha justificado ante nosotros el deber de su andanza pintándonos un pueblo ávido y comprensivo, que ama la sabiduría con el mismo ardor callejero y vital que la política y en cuyo puerto siempre parece que ha llegado un héroe en un aeroplano cuando llega un conferenciante con luces verdaderas.

Más entonado que nunca, con algo de estatua de piedra que perorase, Ortega es la máxima figura española, y eso que se aísla en la soledad de los poetas después de definir el mundo en las cátedras y después de fletar barcos y barcos de papel en las juntas editoriales. Yo le he visto en momentos muy solemnes y también en sitios en que

RAMÓN GÓMEZ